Núm. 7 Buenos Aires, Agosto 29 de 1917 Oficinas: Terrero 471

Precio: 10 ctvs.

LA OBRA

PERIÓDICO DE IDEAS

Trimestre: $ 0.60

Int. Instituut Soc. Geschiedenis Amsterdam

T. Antilli y R. González Pacheco

Valores y giros a nombre del administrador:
R. H. DIAZ, Terrero 471.

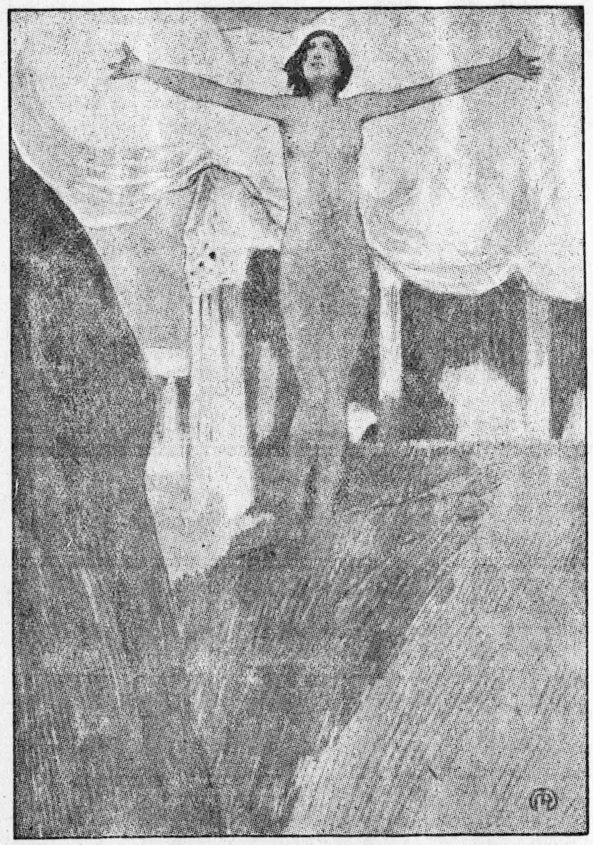
Marginales

Bordeamos, no estamos adentro; giramos alrededor, como blancas mariposas; pero los que luchan en verdad, los que batallan y sangran, se rompen las muñecas, pierden las manos, son los que están impulsados a obrar y tienen la obligación de obrar. Toda lucha y todo dolor quedan siendo siempre del pueblo. Nosotros nos retobamos, nos envolvemos sobre esto, como la corteza o la piel sobre la carne o el corazón del fruto. Estamos por arriba, no por adentro. Por adentro es dónde el menor acto e el menor gesto de independencia o de afirmación, tiene ruda, terrible responsabilidad. Allí está la elaboración, la pelea, el trabajo; el desaliento del cansancio, el renacimiento de la energía con la voluntad, el repechar contra cada cuesta, cada montaña, el rehacerse para embatir de nuevo como el agua que se quiebra contra el dique; aquello es el corazón, nosotros somos la cáscara.... Somos como la madreselva que crece al borde del estanque, e inclina hacia él su ramillete, que besa o roza las aguas... Las agitadas aguas: ¿quién ha de ser sino vosotros, compañeros, el pueblo, los trabajadores que luchan en fin? Considerando los movimientos de estos días, de una responsabilidad tan terrible para la gente del trabajo, para el explotado que se rebela, para todo aquel que lucha, hemos de reconocer que estamos al margen, que somos marginales.

Somos marginales. Lo que puede golpearnos a nosotros todo eso, herirnos o destrozarnos como a vosotros,—como en la terrible lucha, ahora, allá en Rusia —, es nada o casi nada; nosotros no somos los que luchamos, los que tenemos que repechar cuestas, encarar responsabilidades; somos espectadores que acompañamos con el deseo y con la simpatía, que animamos con la pasión y la palabra: la victoria, el triunfo de nuestros deseos, nos la daréis vosotros, vosotros que debéis picarla de la piedra, arrancarla, labrarla... Somos marginales. Y por eso podemos tener paz, tranquilidad, y aún indiferencia por vosotros, para esparcirnos o derramarnos sobre una cuestión también marginal. Toda lucha y todo dolor queda siendo vuestro. Y es una tremenda injusticia que los marginales quieran ser más que vosotros, que sóis el dolor y la lucha del pueblo. Ah! no! Toda cuestión marginal, bordeadora, de cercaros o dar la vuelta a vosotros, no es vuestra propia cuestión. Los bordeadores pueden destarrarse cuanto quieran: su cuestión no será nunca más que una cuestión bordeadora, de afuera; no será la vuestra, de adentro, la vuestra de todos los tiempos, de siempre!

¡Nosotros la hemos hecho nuestra cuestión! Como la madreselva enamorada del agua, tendemos hacia vosotros nuestro ramillete florido. Os alentamos como una sonrisa que dice: «¡sí, hacedl»; ya nos damos cuenta también que hacéis lo más por obtener esta sonrisa, esta aprobación que responda a vuestra aprobación; así, estamos dentro de vosotros con esta sonrisa, y nos es grato poner este rayo de luz que va aquebrar también contra la piedra.. Ser la luna que levanta o hace empinarse hacia ella las mareas: ¿qué más podemos desear siendo marginales?

LA VERDAD



Tiende a la verdad los brazos, como lo harías a tu madre, a tu amada.

Y apriétala así contra tu corazón para que su belleza entre en él y quede allí para siempre.

Que no te seduzcan jamás los bordados ropajes con que la mentira encubre su inconsistencia. Este amor a los bellos colores puede perdonarse a las hembras o a los que debieran serlo.

Tú, que eres hombre, ama la Verdad. La Verdad, que es bella y fuerte y desnuda, que se te ofrece sin galas porque en ella no existe el mal.

Haz de esta figura el símbolo de tu redención. Es la más bella cruz, esta que forman su cuerpo admirable, sus brazos abiertos, su cabeza erguida desafiando toda otra luz.

Y si lo haces así, será inútil que traten de ocultarla. En la sombra la adivinarás aún más bella.

Dib. y texto de Ramos

Los carteles del camino

La docta Córdoba

El tren parece que llega cortando abriendo en dos el paisaje. A su paso desparrama, como si los aventara, rocas estériles, arbolitos polvorientos y burros flacos. Limpia su vía, penetra en el panorama como un arroyo de hierro, resoplador, estruendoso. No sé qué orgullo, qué gesto, qué *¡evohé!* de vida, vida fuerte y triunfal, canta y flamea en su veste de humo al viento, repica, vibra y expande de la tierra mordida, conquistada palmo a palmo.

Adelante, el viejo sol quema su último cartucho. Resbala tras de las cumbres, negras y mudas, potente de fuerza inerte, como un anhelo vencido. Como un hombre al que se lo traga el medio, lo tapa, le apaga la luz del genio la brutalidad ambiente.

Cae la sombra. Se desata de la altura, callado como un delito, un amplio telón oscuro. Es la noche cordobesa. Parece una vieja beata tocada en lutos, que dice: ¡no!: que le grita al tren: ¡atrás!

Pero, el tren sigue. Y así, empapado de sombra, ruidoso en la soledad, avanzando imperturbable entre montañas hostiles, es como un ideal que marcha entre los prejuicios. Lo guía su propia luz. Es un destino....

Ahora, estamos al llegar. Piquetean en los cristales, luces seguras y rápidas, lo mismo que proyectiles. Nos asomamos. Y allá, en el fondo del valle, donde es más negra la noche, vemos resplandecer la ciudad. Es un macizo de sombra moteado de pintas rojas; hace pensar en un fraile; en una gavilla de «santos padres» que estuviera haciendo fuego sobre nuestro tren que avanza....

Y ya más cerca, más bajo, mientras el convoy refrena, oímos, primero como un rezongo, luego como una protesta, y al fin, como un alarido seco, ululante, metálico, que nos envuelve, nos muerde, nos cachetea. Son los bronces cordobeses que llaman a la oración. Su voz, su grito, su rabia puebla el aire, llena el ámbito, se eleva desparramado en la oscuridad. Parece que lame, que palpa, que marca sombra.

Es la jauría católica, son los perros de las torres que salen por su pitanza de almas a esta hora. Son las campanas de la «docta Córdoba». Volando entre ellas también, como loros en el viento, creemos oir la algazara, el canturreo trapisondero de sus doctores...

El fraile

Este pueblo pertenece, desde el cimiento a la cúpula, todo él, al fraile. Y no es una posesión espiritual solamente, abstracta, de esas que fincan, se afirman en la renuncia de una hora de duda o debilidad: ¡ah, no! Lo posee

siempre y todo; lo tiene de él, metido entero en su puño; propio; suyo.

Donde miréis, almas, cuerpos, manifestaciones de todas layas, llevan su sello, su faja, su marca de garantía. Aquí son, pobres o ricos, sabios o rucios, escritores o sirvientes, asnos o mulas, beatos legítimos. No andéis buscando, tampoco, productos de mejor data, harinas de otros trigales, panes que no sean benditos y consagrados. ¡Aquí, señores, hasta el *patay* oye misa!

La posesión dá derechos; y estos acaban por dar, a su vez, a los poseedores, autoridad, desenfado, un cierto gesto insolente que solo podría romperse, abollarse a garrotazos. El fraile que en otras partes es un bicho de tiniebla, dueño y señor de la sombra, como el buho y el murciélago, aquí lo posee todo, todo, hasta el día. Es una insolencia eterna, un insulto continuado, un bofetón de neblina que hace levantar el palo. Palabra, sí. Produce un encono agudo, blasfemador y zafado como cuando nos salta un sapo, y otro sapo, y otro más, y otro, a la cara....

Nuestra primera salida a conocer la ciudad, no ha dado la impresión de una entrada en una iglesia vetusta, llena de polvo y de cuevas cerradas a la luz desde años. Parece que a nuestro paso surgían del suelo, se largaban de los muros, se alzaban en remolinos para mirarnos. Hasta en el «Parque Sarmiento», bajo los árboles, tendidos en la maleza, frailes y frailes y frailes.

Pero, no frailes de aquellos que vosotros conocéis, fugitivos, recatados, con miedo hasta de los chicos; no. Frailes de empaque malevo, con el coraje y la furia vibrándole en la pupila; ganosos de atropellar y medirse. Dueños, amos, poseedores insolentes de todo un pueblo, desde la base a la cúpula. Frailones, vaya!

Y lo peor que no hacen nada. Miran, observan, vigilan, parece que crucifican. Pero, al fin, dejan pasar, perdonan la vida. Y hasta, si uno se descuida, lo bendicen....

Los degolladitos

Dos borrachos—borrachitos, diremos para ponernos en el hilo y en el tono que el cuento exige—salieron de cierta casa *non sancta*, de los suburbios de Córdoba, una noche, hace cosa de 30 años. Eran paisanos, caídos a la ciudad para divertirse. Y divertidos del todo, mamaditos—¡mamadazos!—ganaron hacia lo oscuro, se hundieron en las tinieblas, dando traspies, perdida hasta la tonada, los pobrecitos.

Nadie les conocía. En el burdel, apenas si recordaban sus fachas trastabillantes, desdibujadas de esguinces, hipos y vómitos. Su salida de la casa fué algo así como la de dos tarugos de un caño maestro. Igual que la destaponadura de una cloaca. Adentro siguió la juerga, subiendo siempre de punto, en oleadas de agua sucia.

Más, he aquí que a la siguiente mañana, sobre las primeras luces, a unos metros del prostíbulo, aparecieron los dos paisanitos beodos con los cuellos rebanados. Muertos los pobres. Degolladitos....

De este hecho ya van corridos 30 años. Y aún hoy, sobre aquel suelo de crápula, mojado en vómitos, hediondo a revolcaduras, se prenden velas de sebo, todos los lunes. Para las ánimas, dicen... Contamos hasta trescientas que ardían las otras noches, en fila.

Este es un caso. Como este hay, en la ciudad, muchos otros. Velorios al aire libre.

¡Velorios! Y como dicen, entonces que Córdoba es tierra de oscurantismo?.... Sea usted degolladito, y verá si le iluminan, hasta 30, hasfa 60, hasta 100 años seguidos.

R. GONZALEZ PACHECO

Córdoba

Compañerismo anarquista

Entre nosotros no debe haber,—y no hay —, ocultación de nada. Contrariamente a la modalidad burguesa defensiva, de no confiarse ni franquearse nunca, de esconder bajo el más tupido velo, la más impenetrable corteza, su verdadero deseo o pensamiento, — que debe ser de devorarse el uno al otro, según, efectivamente, el uno al otro no hacen más que buscarse el lado flojo o débil, para alzarse con el pedazo entre los dientes—, el hombre o la mujer anarquistas se señalan por la modalidad de ser absolutamente confiados y sinceros, de no reservar ni ocultar nada, de mostrarse a la vista y transparentemente como en una gran vidriera, de tratar a luz meridiana, sin sorpresa ni admiración para nadie ya, sus más verdaderos y acendrados deseos o pensamientos por la propaganda y por la idea,—los que de más adentro les nacen, con el afán de ser útiles, de plantar un jalón, un árbol — ; sus satisfacciones o su dicha, asimismo, de haber puesto un jalón, plantado un árbol, y de verlo crecer, retoñarse, echar con toda regularidad el brote o la hojita nueva: brote u hojita, que, sin afectación y sin mentira, nos parece que sale de nuestra carne, se abre de nuestros poros, y que, como a los hijos, los anarquistas amamos y queremos... Esto es tan poco defensivo, que cualquiera puede tirar una piedra en el claro cristal de nuestras aguas, inocente y sin malicia ninguna. Los anarquistas no comprenden cuando se quieren burlar de ellos. Cínicos y degenerados, y sobre todo estúpidos, acostumbran a querer burlarse de ellos: los anarquistas no se aperciben de la intención, no ven la estupidez siquiera, y hablan y hablan, de sus esperanzas, sus sueños, sus ambiciones, destapando sin malicia el perfume de sus frascos, que se desparrama por el ambiente, creando una atmósfera nueva. Al fin la estupidez es vencida, a golpe de este perfume que aún sin quererlo se impone, y en esta atmósfera creada o transformada por él, la imbecilidad queda siendo lo de más mal gusto; el cinismo o la estupidez no ganan nada; la inocencia, la tranquila bondad del idealismo seguro de sí, que sabe que todo puede afrontarlo y lo absorverá, a penas exista sinceridad, buen deseo de comprender o amar, tiene el campo, la palabra totalmente...

Y esto no es defensivo, ni sueña con ser defensivo nunca. Nosotros hemos visto infinidad de compañeros que por esto mismo se condenaban, en épocas de reacción o de terror, porque: ¿querráis creerlo?, en hombres o mujeres asi, tan inocentes, tan buenos, pero nutridos por un verdadero idealismo, ha residido siempre todo el peligro para la sociedad. Es una santidad: ¿y què cosa puede haber más peligrosa, más mala que una santidad, hoy? Hoy, que no hay ya santidad cristiana, la santidad anarquista es la peligrosa y la revolucionaria. Y cuanto más sano, más efectivo se sea en esta santidad, más se debía temer; sólo que ella excluye el temor, porque no ve la maldad, la malicia tampoco. Por más que se diga, no se creerá nunca, por los hombres así, en la verdadera maldad del poder. Siempre se quedan en ésto muy atrás de la realidad.

Entre nosotros existe el compañerismo anarquista. Esta es una fuente de los más puros placeres, en nuestro destierro en la sociedad burguesa, que en realidad podemos considerarlo un destierro. ¡El compañerismo anarquista! En él reside todo el secreto de nuestra fuerza. A medias palabras nos comprenden los compañeros. Nuestras cosas,—singularmente las cosas de la idea, de la propaganda, que son las que hacemos preceder a todo — , resuenan tanto en sus pechos, como en el nuestro. Salen de aquí para vivir allí, como claveles del aire agarrados a un tronco.... Allí se quedan estremecidos, vibrando. Del compañerismo anarquista, sube un vapor de deshelamiento, como de una tierra que derrite su nieve con su interno calor, y el del sol. Se quiere al «buen compañero» por encima de todo. ¡Desolación, ay, para los que han pasado por nosotros, y este compañerismo no han sabido conmoverlo! Ser traidores al compañerismo anarquista: ¿sabe lo que se hace el que así lo pierde? El compañerismo anarquista sòlo hay que despertarlo; en un sentimiento del que todos desbordamos, así que haya algo o alguien que lo despierte. ¡Saber despertarlo! El existe, es una realidad para quien sabe despertarlo, con su amor al compañerismo precisamente; en el corazón de cada mujer también existe un amor para el hombre que sepa hacerlo nacer o despertarlo. No debemos acusarlo, si la impotencia es nuestra. Existe para el que es, de verdad y profundamente, sin querer ser otra cosa, «compañero»....

El pueblo mismo

La cámara es el pueblo mismo, discutiendo sus asuntos, resolviendo sus problemas, dándose sus leyes, trazándose su propia ruta, según la buena, la autorizada doctrina... de los que se sientan en la cámara, y de los que periódicamente llaman o convocan al pueblo a elecciones, o sea el gobierno en mismísima persona, mandado o facultado por la cámara, o también por una cosa que sancionó o estatuyó el pueblo antes, — un pueblo como el de la cámara, un pueblo de constituyentes que era una asambleíta como la cámara —, o sea la Constitución. Mayúscula, y boca abajo todo el mundo...

Si la cámara es el pueblo mismo, — un pueblo destilado, depurado, quintaesenciado o en extracto —, el gobierno es el que ejecuta la voluntad del pueblo por la cámara. La voluntad del pueblo sin la cámara, la voluntad airada o rebelde, la voluntad suelta, la voluntad inconstitucional en fin, es mandada ejecutar por la asambleíta, por la cámara; o la decapita el gobierno sobre la marcha, de su sola inspiración: voluntad de la Constitución... La asambleíta es terrible, y no permite que se dude que ella es el pueblo mismo; no admite competencias, — y menos inconstitucionales, del pueblo —, en esto de representar el pueblo mismo, «constitucionalmente», que es decir según le dió por mandarnos representar la otra asambleíta, — la constituyente —, que fué terrible también para constituirnos, para volvernos de anarquistas en ciudadanos... Hoy somos ciudadanos. Y Constitución, cámara y gobierno son el pueblo argentino, que no hay más que ver como se desenvuelve cada día, mereciendo el aplauso y la felicitación de las naciones. Nosotros no somos, en todo esto, nada. Somos los ciudadanos, nada más: palos de escoba, boletas de votos, simples botones de muestra; a cada paso, la asambleíta manda una cosa y el gobierno dice: «¡boca abajo todo el mundo!»; el galimatías cuanto más crece, más claro parece a la asambleíta, los constitucionalistas, que aún nos van escamoteando, en razón del dicho galimatías, esto o lo otro; si no somos sordos, mudos, botones de muestra, cajoncitos de votos, somos inconstitucionales aquí.

Los ciudadanos están tan bien, y tienen tanta voz y tanto voto, como sardinas de latas. En cambio, la asambleíta está en movimiento continuamente: coloca las sardinas de latas, ya de canto, ya paradas, ya acostadas, ya dobladas por la cabeza, ya dobladas por la cola; y hay una prensa sardinera tan boba que va acusando el acierto, el efecto, y haciendo las más

Para reflexionar

La huelga de los granos de trigo

Casi una moneda, semilla ligera, fruto pequeñín, tallo de hierba en un surco, grano rubio en una espiga, polvo blanco en un molino, festín de insecto, en mi pequeñez poseo la humilde inocencia campesina, ocupo un lugar imperceptible en la naturaleza, a ras de tierra, ignorado de los grandes vegetales que prodigan sombras y se elevan, enormes y musicales, hacia las nubes, como las iglesias.

Tan débil y modesto, nada valgo por mí mismo, es necesario que seamos varios. Comienzan a mirarnos con consideración cuando nos juntamos un centenar para formar una espiga; un tallo de paja nos levanta entonces un poco por encima del suelo y apercibimos el mundo en torno nuestro; la brisa que pasa nos hace inclinar en reverencias humildes, pues que aunque nos elevamos, continuamos siendo modestos, siempre poquita cosa; el primero que pasa nos pisa sin querer y morimos. A nuestro lado las amapolas levantan sus pequeñas cabezas rojas, y las margaritas sus estrellas blancas. Entre sus coqueterías permanecemos simples, rubios, tímidos, un poco cándidos, y los pequeños escarabajos rojos se encaraman por los tallos que nos sostienen, cual pudieran por una cucaña. Ni siquiera tenemos la barba de los mostachudos centenos que viven cerca de nosotros.

Pero si nuestra importancia se acrecienta un poco en la espiga, se hace considerable por la asociación de las espigas, y se nos respeta cuando formamos un campo, y hasta el gobierno delega un guarda campestre para velar por nosotros, como si fuéramos personajes. Nuestra humilde personalidad ha desaparecido. Nos hemos convertido en multitud y nuestra idílica musa cubre la tierra. Todos procuran hacernos sitio; los orgullosos grandes vegetales retroceden y por insignificantes que seamos por nosotros mismos, el número nos convierte en poderosos como elemento.

Nuestras espigas ondulan como el agitado mar; se nos combate como a un ejército con las hoces, y como la mano del hombre no es bastante se necesita la máquina que nos siega. El agua, el viento, el vapor, todas las grandes fuerzas son pocas para reducirnos a polvo. Y este mismo polvo es preciosísimo. Somos el pan que nutre a los hombres.

Entonces nuestra importancia crece hasta llegar a hipérbole. Los humildes y rústicos granos de trigo nos convertimos en políticos. Para los grandes economistas somos los «cereales». Se nos cotiza en la Bolsa como si fuésemos oro; pesamos en el destino de los imperios, hacemos la revolución. Por nosotros se matan los hombres, por nosotros corre la sangre.

Y en nuestra humildad campesina, en nuestra benignidad e inocencia de granos de trigo, en lugar de enorgullecernos, esta querella de los hombres nos entristece.

Este valor que los hombres nos imponen, no lo queremos, pues está hecho de la necesidad de los hombres y del sufrimiento de los pobres. Nuestra fuerza, bienhechora y dulce, lo desprecia. Nosotros quisiéramos multiplicarnos; nuestra fecundidad inagotable está a disposición de los hombres; les ofrecemos nuestra abundancia y nuestra prodigalidad naturales: un puñado de nosotros constituye un tesoro en la tierra; nosotros ofrecemos nuestros tesoros inagotables que pueden aplacar a los más hambrientos y saciar a todo el mundo. No pedimos sino que se nos siembre.

Y los hombres se niegan. El ciego interés de unos cuantos lo impide, nos suprime la tierra, nos destierra. Los sembradores se desaniman ante ese interés particular, y las leyes intervienen para encarecernos. Se forman ligas para restringir nuestra fecundidad. Se nos hace abortar. Y lo más chocante es que los hombres se baten por nosotros, se encierran entre fronteras y se odian, levantan ejércitos y aduanas....

Este espectáculo, por fin, nos irrita, y ante la maldad de los hombres que nos obliga, a pesar de nuestro carácter modesto y bueno, a convertirnos en objeto de lucro y tema de asesinato, nosotros, cuyo sueño pacífico es dispensar a todos gratuitamente la vida, como el cielo da el aire y el sol su luz, nos hemos rebelado. Nuestra naturaleza amigable no quiere, no puede soportar este papel de discordia. Vamos a declararnos en huelga sobre toda la superficie de la tierra. Permaneceremos enterrados en los surcos, pediremos a la tempestad que nos incendie con sus rayos, que nos destroce con su granizo, al sol que nos seque. Vamos a volvernos paja inútil y estéril. Y entonces los hombres hambrientos comprenderán.

Comprenderán la inutilidad de sus guerras, la mentira de sus intereses, la puerilidad de su orgullo. Tendrán que considerar que, como nosotros, son poquita cosa; como nosotros, comprenderán que nada valen sino en común, por la asociación fraternal de todos, y entonces la humanidad no formará más que un solo hombre, como una espiga. Y no tendrán miedo de sembrar la tierra. Se unirán para sembrar, en lugar de separarse para combatir.

Nuestros granos, arrojados profusamente, volarán a los surcos; creceremos robustos, macizos; cubriremos la tierra con el oro bendito y rubio de las cosechas que hacen el pan del hombre. Y todo el mundo podrá vivir, porque, entonces, ya nada valdremos. Y en nuestra modestia estaremos contentos.

Pero actualmente nuestro valor nos espanta, nuestra carestía nos avergüenza...

En la próxima primavera vamos a declararnos en huelga.

E. FÉVRE

El cuervo

Detuvo su vuelo el cuervo y dijo al ver sobre el terruño a un hombre que lo trabajaba:

—¡Miren cómo labra Juan sus tierras!

—No soy Juan,—exclamó el hombre levantando la cabeza—; soy el hijo de Juan que trabaja para vivir miserablemente y pagar por segunda vez al señor el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo y más allá vió ginete en un caballo a un caballero.

—Vaya con Dios don Gil, — le dijo.

—No soy don Gil,— contestó el caballero —; soy el hijo de don Gil, que viene a cobrar del hijo de Juan el valor de sus tierras por segunda vez.

—

Pasó mucho tiempo.

El cuervo detuvo su vuelo y dijo al ver un hombre que sudaba sobre el terruño:

—¡Miren cómo trabaja el hijo de Juan sus tierras!

—No soy el hijo de Juan,—respondió el hombre, limpiándose el sudor de la frente—, sino uno de sus nietos, que trabaja para vivir miserablemente y pagar por cuarta vez al señor el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo y encontró más allá ginete en un caballo a un caballero.

—Vaya con Dios el hijo de don Gil,—le dijo.

—No soy el hijo de don Gil,— contestó el caballero —, sino su nieto, que viene a cobrar del nieto de Juan el valor de sus tierras por cuarta vez.

—

Pasó mucho tiempo.

El cuervo detuvo su vuelo y dijo, viendo a un hombre que trabajaba en el terruño:

—¡Miren el nieto de Juan cómo labra sus tierras!

—No soy el nieto de Juan,—respondió el hombre —, sino uno de sus biznietos, que trabaja para vivir miserable y pagar por sexta vez al señor el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo y encontró más allá ginete en un caballo a un caballero.

—Vaya con Dios el nieto de don Gil,—le dijo.

—No soy el nieto de don Gil,— contestó el caballero,—sino su biznieto, que viene a cobrar del biznieto de Juan el valor de sus tierras por sexta vez.

—

Pasó un siglo más.

El cuervo detuvo su vuelo y dijo, viendo a un hombre que, rota la azada, lloraba cerca del terruño:

—¿Por qué llora el biznieto de Juan?

—No soy el biznieto de Juan,— repuso el hombre —; soy uno de los nietos del biznieto de Juan, y el señor me ha arrojado del terruño que labraban mis antepasados porque no he podido pagarle por centésima vez el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo y encontró más allá ginete en un caballo a un caballero.

—¿Dónde va tan deprisa el biznieto de don Gil?,—le dijo.

—No soy el biznieto de don Gil, —respondió el caballero—; soy un nieto del biznieto de don Gil, que viene a buscar otro Juan que pague con su descendencia, a mí y a los míos, otras cien veces el valor de las tierras de mis antepasados.

El cuervo se alejó, y dijo graznando:

—Soy más feliz que los Juanes porque puedo posarme libremente en la rama que se me antoje. Soy más noble que los Giles porque no arranco los ojos de los hombres hasta que están ya muertos.

F. PÍ Y ARZUAGA

Los trozos que hoy publicamos se reunen uno al otro. Se reunen, además, con esta ocasión, que nunca fuera mejor para que pudiéramos leerlos o entenderlos con fruto, ahora que la primavera está a las puertas, que los hombres des-

de hace tres años se destrozan en la guerra, y que el gobierno ha dicho, y todo el mundo ha pasado la palabra: « Sembremos trigo. » Sí!, continuemos y prosigamos en nuestra triste vida, — todo nos arroja, nos clava a ésto—; nosotros no hemos reflexionado ni aún somos capaces de reflexionar nada; estamos hechos a continuar, a proseguir no más; somos seguidores, que nunca nos preguntamos adónde nos conducen las cosas; por esto, culminará no más el desastre de la guerra, crecerá la desinteligencia y la discordia, y nosotros sembraremos trigo, sembraremos trigo... Lo que puedan pensar los propios granos de trigo, o el cuervo que vive lo bastante para ver el fin de una generación de Juanes, rematada en punta y con la azada rota sobre las tierras que ha laborado, eso hace el pensamiento o la lápida de los anarquistas sobre la vida presente. Despertemos al pensamiento del grano de trigo amigable, que no quiere valor sobre él; al asco, a la repugnancia del cuervo, que no puede encontrar sino muy inferior a él una humanidad compuesta de Giles y de Juanes. Y sea nuestro ideal como el del grano de trigo, que no quiere cotizaciòn en la Bolsa, que se declarará en huelga para no permitirlo; y nuestra fuerza que pese, no para sostener imperios, sino para hacer las revoluciones. ¡Pesarà sin duda! Todo grano de trigo puede pesar... Reconozcamos en nosotros este verdadero mérito.

Las ideas anarquistas y la guerra

El apasionamiento suscitado últimamente sobre este tema, que es materia resuelta sin embargo para la mayoría de los anarquistas de este país, que tienen opinión formada al respecto, ha hecho que se pronuncien varias conferencias, especialmente por el compañero Montemayor, renovando las razones que siempre hemos expuesto contra la guerra. Una de ellas, la única que hemos escuchado nosotros, porque a las otras no hemos tenido oportunidad de asistir, fué la que dió la noche del 12, en el salón de la Tipográfica, desarrollando este mismo tema: Las ideas anarquistas y la guerra. Montemayor es un verdadero orador, que expone con método, sin precipitar las cosas, colocándolas a su tiempo; y a pesar de hablar en italiano, logra hacerse entender fácilmente, conquistando para las ideas que trae, examina, discute, y al fin, acepta o rechaza, toda la atención del público.

Es lástima que este tema no se pueda tratar siempre con la misma altura; que, debido a la inferioridad de argumentos, razones y por fin ataques que se mezclan por algunos, queriendo hacer valer cosas circunstanciales, a lo más de un valor pasajero, o ficticio, o exajerado, y que no alteran en esencia la estupidez de la guerra por cualquier lado que se haga, el resultado siempre adverso para el pueblo, y la consolidación de la patria y el 'Estado; que, debido a ésto, decimos, haya que descender a refutar detalles, intentando destruirlos, cuando con ellos o sin ellos se mantiene con el mismo valor la razón anarquista contra la guerra. ¿Qué cuestión de más o de menos, de grado por fin, exhibida por la prensa o los corifeos de cada país para excusar su entrada en la guerra, puede desfundamentar a la razón, más alta que todo eso, que tiene el anarquismo para condenar la guerra, y a quienes la hacen en cada país, o sean los gobiernos, cayendo ellos en los propios lazos que han tendido a los demás, o siendo sorprendidos, pero no inocentes, por la invasión o la declaración de guerra? Está demás que de esto quiéramos ser jueces los anarquistas, cuando sobrando de razones, en la guerra como en la paz, hemos condenado a todo el Estado, y no a tal o cual Estado en particular, sino a todos los Estados. En todos existen más o menos las mismas cosas, y contra todos tenemos un motivo, no de amor, sino de odio los anarquistas. También debían tenerlo los pueblos, porque el Estado ha hecho lo posible para que lo odiaran; y hay partes de pueblo, pedazos de pueblo, que mientras aquí les justificamos la razón que tienen de hacer la guerra con el enemigo contra el cual quieren hacerlo combatir sus gobiernos, ellos no ven más que la aberración, y se rebelan, y dan su sangre y su vida, por no ir a la guerra en servicio o en beneficio de sus tiranos. De manera que no hubiera habido necesidad ni de destruir estos detalles, — terreno peligroso en el cual se colocan los bandos, que es también en el que se coloca el patriotismo y los gobiernos—, y esto hizo flaquear un poco en algunas partes la conferencia, que es lástima, decimos, no se haya mantenido siempre a la misma altura, por la necesidad de refutar a los abonadores o sostenedores de un bando, lo que hace poner, aunque no se quiera, un pie en el bando contrario, porque el fanatismo, la ceguedad o la obcecación de aquellos, empeñados en llevar de cualquier manera el agua a su molino, construye su razón falsamente, — no tenemos que ver más que el patriotismo —, colocando de su lado todo lo bueno y enfrente todo lo malo, de su lado todas las bellezas,—mentiras—, y del otro todas las fealdades, horrores, adefesios: mentira también.... La razón del justo medio, y la devolución a su propio bando del ataque o la pelota arrojado a éste,—para todos ¡ay! tenemos razones no solo de ataque, sino de odio los anarquistas, pues nuestros dolores hablan, los dolores de los pueblos son universales sin distinción de patrias ni nacionalidades—, es lo que, para aquél hace pisar con un pie o los dos en el bando contrario. Más, bien pensado, ésto es bueno también. ¡Qué caramba! Aunque de pequeñeces, — pequeñeces sobre todo para la idea anarquista, que es la más ida al grano de todas —, se está formando una leyenda que es precisa destruir, no tanto de la maldad de Alemania, que positivamente es mucha, sino de la bondad de Francia y los aliados, que ciertamente no han sido ni son menos malvados que Alemania. La guerra es un exceso terrible de los gobiernos; ésto lo ven y lo avaloran muy bien los pueblos, que no declaran ellos la guerra ni concientemente se pondrían en situación de hacerla.

¡También la situación nuestra de los anarquistas aquí, con los aliados o aliadófilos que han iniciado el ataque, intentando conducirnos a la guerra! Son ellos los agresivos; por lo tanto es de ellos que debemos defendernos. Los alemanes no ofrecen peligro por ahora, y no podrán tacharnos de aliadófilos si resistimos ir con ellos a la guerra.... Con ellos iríamos menos todavía. Pero el fanatismo guerrero o patriótico procede siempre igual: nos atacan con sus ideas patrióticas o guerreras, nos las quieren meter en la cabeza de mil maneras y a la fuerza, y si las resistimos, si no las aceptamos.... entonces somos del otro bando. Haciendo así no proceden sino como lo que son: como aliadófilos aquí, como germanófilos en el otro lado. Esto no tiene el menor valor en anarquismo; ningún patriotismo tiene valor en anarquismo. Sobrada razón tiene Montemayor cuando acusa a la Italia de no poder alimentar a sus hijos y arrojarlos en masa a la emigración; cada pueblo es de alguna manera desgraciado, y puede revelar sus dolores propios que le hacen aborrecible la patria, sin que de ésto se deduzca que una patria valga más que la otra. ¡Lo que es ridículo es que vengan a enaltecerle la suya, cuando uno sabe que es aborrecible! ¿No puede cada uno presentar mil ejemplos en contra de este patriotismo del que al fin se ha libertado? ¡Ni falta siquiera en lo que comparan sus patrias los estadistas, para fundar la mentira con que emboban a sus pueblos! Pero estas mentiras no tienen valor ni en contra: Montemayor al comprobar un porcentaje menor de analfabetismo en Alemania que en Italia,—la diferencia es en realidad enorme—, y un desarrollo mucho mayor de la ciencia burguesa y de las universidades en la primera que en la segunda, se olvidó de añadir que todo esto es igual y lo mismo, conduce al mismo embrutecimiento, horror y desgracia, y por fin estupidez, pues no funda la libertad, la independencia de la persona humana, como en el menor de los revolucionarios rusos, sino la vieja esclavitud a los dogmas de la patria, como en el analfabeto más miserable, más estúpido de Italia. Es analfabetismo, ciencia, universidadns que no libertan; que por el contrario tienen la tarea de esclavizar, como todo en el Estado...

Lo que fué en realidad dar el golpe mayor al prejuicio, el golpe decisivo, fué declarar que aún podía ser deseable el triunfo de Alemania por una cosa: porque probaría que, como tiranización, no sería esencialmente diferente de las otras; como tiranización, como tiranización burguesa, todas las patrias, todos los amos o patrones son iguales: el hilo es tirado hasta lo último, hasta lo que dá; he ahí el beneficio, el triunfo del proletario....

Y así vamos poniendo el dique que podemos, a los que nos atacan queriendo convertirnos a sus ideas guerreras.

Difundir este periódico es hacer obra revolucionaria

Las "patotas"

Para los radicales parece que recién hubiera despertado el pueblo: un pueblo que quiere hacerse valer, a puños, a golpes en la calle, contra los que quieren ofenderle, criticando o discutiendo a los radicales... Los radicales ocupan el poder, y son el triunfo al fin del pueblo; no pueden impedir que éste defienda su triunfo, contra los demócratas o los otros partidos que quieran disminuírselo; esto tiene el valor de sanción del pueblo a favor de los radicales, y más que de todos los radicales, a favor del hombre que está en la presidencia: don Hipólito... Don Hipólito representa la revolución del pueblo, contra el congreso, los restos aún del «régimen» que don Hipólito trata de disolver, si bien esta revolución no será otra cosa que la dictadura. Es preciso, pues, que el pueblo haga saber que su voluntad es don Hipólito, y que persiga o castigue a todos los que combatan o quieran hacer dudar de don Hipólito. Las cosas se han colocado en la simple y pura afirmación de un caudillo, con la agravante que el caudillo está en el poder, y todo esto sale a la plaza porque el caudillo no impone por sí mismo el debido respeto: es puesto en duda, es censurado en sus actos de presidente o gobernante, exactamente como todos los otros presidentes o gobernantes, o quizá peor porque se suceden sus errores, y su pretensión de ser caudillo en el gobierno, de representar allí la revolución, es cosa que no se ha visto y que no tiene más que una salida: la dictadura.

La dictadura de don Hipólito no es mal mirada, y ella implicaría una solución para el propio don Hipólito, que no puede gobernar así, con la mala voluntad de los otros partidos, la guerra del congreso; con todo eso que han debido gobernar, conquistarlo o someterse los otros gobernantes, los otros presidentes... Este es, además, un revolucionario y un incomprendido. Unicamente el pueblo apoya a su revolucionario y comprende a su caudillo. Se ofende al pueblo directamente burlándose de su revolución y ofendiendo a su caudillo. Y el pueblo sale a la calle a vengar a los dos. No puede impedirse este estallido de la indignación del pueblo. El pueblo habla: no se puede cortar la voz del pueblo en la garganta. ¿Qué no véis? ¡Es una sanción! Rozas no podía arrancar el puñal de manos de la mazorca: el pueblo mismo perseguía a los unitarios y quería a Rozas... ¿Y contra esta voluntad del pueblo, cómo iba a resistirse, a no seguir adelante Rozas, aunque los unitarios levantaran su clamor? Pero: ¿quién era la mazorca? Sarmiento dice que eran carniceros, gentes de los corrales, reclutadas por el mismo Rozas o por los partidarios de Rozas. ¿No es por ventura gente así también, la que hoy sale a la calle a insultar a los demócratas, para afirmar y vivar al presidente?

El presidente, los diputados radicales y el jefe de policía, se han desentendido: es el pueblo que manifiesta su sanción a don Hipólito y persigue o castiga a los demócratas.

La política es siempre una cosa tan sucia que hay que tomarla con pinzas. Pero las «patotas» que defienden al poder, serán siempre de lo más ingrato que se vea. Por lo demás, creemos a los demócratas inofensivos, y sabemos por experiencia que tanto vale Juana como la hermana; no vamos a decir aquí que los demócratas sean mejores, porque los políticos todos son peores...

graves consideraciones sobre el pueblo argentino. Constitución, cámara y gobierno: el pueblo mismo, se entiende...

La impotencia de los gobiernos

La aspiración, el ideal, el sueño de las burguesías, es la potencia definitiva del gobierno. No quieren ni piden más que potencia del gobierno, poder y fuerza verdadera del gobierno: que éste sea el rayo que parta o carbonice a todo lo que se resista o se levante contra el orden actual. El gobierno ha de garantir la propiedad, y a todo lo que haga o quiera hacer el propietario. Contra este derecho suyo, derecho emanado de la posesión sin contestación de las cosas: ¿no es una insurgencia el levantamiento de los proletarios, que quieren mandar en la propiedad ésto o lo otro, dónde ha de mandar el amo solamente? ¿Qué nuevo orden de cosas quiere nacer con ésto? La potencia del gobierno es necesaria para volver las cosas a su cauce, para impedir incursiones que mutilen la propiedad, a nombre de imposiciones del proletario. ¿Qué nueva cosa significa éste, de dónde saca su pretensión, y esa manera de afirmarla violentamente, no sólo por la huelga sino por el ataque o la destrucción de la propiedad? ¿Esto es, entonces, la revolución? El gobierno debe reprimirla. Reprimirla y reprimirla; caer sobre ella y partirla... Si el gobierno no tiene potencia, es que el orden actual se irá, se irá irremisiblemente... Ya no será él la garantía para la propiedad que tendría que ser. Y sin esta garantía, la propiedad estará a merced de los proletarios, ya no será más propiedad. Habrá que entrar a tratar y transar con ellos, capitular.... Hoy, impondrán esto; mañana, lo otro; pasado, se harán los dueños de todo; y otro día más, al otro día, pondrán al propietario de patitas en la calle.... He ahí, pues que el ideal, el sueño, la aspiración de las burguesías, es la potencia definitiva del gobierno. Ella es la única que puede resguardar las escrituras de propiedad; sin esta potencia, y con la actitud de los proletarios, todas las escrituras de propiedad no son otra cosa que papeles escritos, papeles al viento. ¿Qué valdrán, si los odiosos, aborrecidos proletarios, tienen al fin el poder de sacar cortitos, pisándoles los talones, a los propietarios, de su propiedad escriturada y registrada, como al intruso perro del vecino que se mete por las puertas y es espantado a cascotazos, a pedradas? ...

Pero, el gobierno, en vez de asegurar su potencia, es cada vez más impotente también. ¡Potencia!, ¡potencia! ¿Pero este gobierno es impotente?,—claman desesperados los uropietarios. Efectivamente, es impotente. No hay más potencia que la de los proletarios. ¡Qué doloroso es constatarlo, caballeros! El gobierno mismo debe rendirse a esta evidencia. Aconsejar ceder..... Hacerse el potente, cuando en realidad es impotente; aparecer o darse los visos de alguien, cuando no es nada, es un tremendo cero en la patriada. Los que son, los que obligan, son los proletarios cuando son fuertes. ¡Pero este es el mundo al revés!.... Si lo es, es un nuevo mundo que está viniendo, que vendrá; todo lo antiguo está caducando y caducará un día totalmente. ¡Hay que allanarse, hay que allanarse! La potencia de los gobiernos será precipitada al polvo, y sobre ella pasará el carro de los proletarios, como por sobre los restos de la ya claudicante propiedad....

Cortar el pelo...

Cortar el pelo parecería oficio propio de peluqueros. Pero no; esto no ocurre sino cuando uno va a la peluquería espontáneamente, y lo pide así al peluquero. Aún ha de pelear por largo o por corto, pues en cuestión de cortar el pelo los peluqueros cortan lo menos... Dónde se corta el pelo corriendo y a máquina, es en la cárcel y en el cuartel. Corto siempre, que la piel quede blanqueando por debajo, y al descubierto los rayones de las cicatrices. A algunos les queda la cabeza como melones de esos que llaman escritos... Una orden del jefe: «¡a ver cuatro soldados aquí que corten el pelo a esta tropa!»; y allá van los cuatro soldados, cada uno con una máquina del número cero, que maneja como una hacha, a cortar el pelo a la tropa. Un señor cabo o sargento, inflamado de celo con la orden recibida, preside la operación, y personalmente levanta la gorra, si hay alguno que quiere pasarse entre el montón y conservar, sin darlos a la máquina, sus dos centímetros de pelo, aunque no valgan por uno. Los hachadores, o sean los peluqueros, no quitan sino arrancan los pelos; es una de gritos o de protestas: «¡ay! no tire!», «¡vea que esa máquina muerde!», coreado por las órdenes del cabo o del sargento, que contínuamente están mandando: «¡a ese còrtele bien!», «¡meta bien abajo la máquina ese otro!», «¡ahí ese que se va, vuelva a sentarse!», «¡tírele, pero no me le deje pelo!»... Entre la tropa no se debe andar con delicadezas; las bellezas de la vida cuartelera no son para descriptas. Un individuo de tropa, es igual, merece los mismos respetos que un forzado, un presidiario. Las clases, de tropa también, tanto mejores son, tienen más el «modo» o la exterioridad militar, cuanto más depresivas, abolladoras son. La cuestión es ganarle de mano y abollarlo como a todos, para que el individuo no se levante reclamando dignidad. Este es el cuartel. Y lo mismo es la cárcel. Un soldado se llama «¡ese!», o aún: «¡usted, sí, usted torpe!»; y es lo diario, lo llano, en el tratamiento militar. De muchos siglos ha hecho ya escuela: los brutotes jefes o galoneados gozan, se deleitan con esto....

Aquí, en la Argentina, y no sabemos si será lo mismo en todas partes, hay un ensañamiento contra el pelo. Quizá porque nadie como el gaucho ha amado tanto su guedeja; porque nadie como él ha conservado, bien peinada y abierta como plumero, la cola de sus caballos. Su enemigo antiguo era el cerdeador. Hoy es el comisario, que le hace cortar su guedeja, por puro odio a este símbolo de su libertad, o es el jefe o el oficial, que lo hace pelar hasta el cuero, apenas lo tiene en su poder en el cuartel. ¡Cosa grave, cosa resistida, y por lo mismo con más empeño, casi con saña realizada, estos cortes de pelo, que para muchos son como una violación! Nuestros militares, si pueden olvidarse de otra cosa, no se olvidan nunca de ordenar, hasta arbitrariamente, estos cortes de pelo. Se realizan, como una cerdeada, en la forma que hemos dicho más arriba. Se realizan por la fuerza, y sin que haya reclamación ni protesta que valga. Cuando ya ibamos a ser puestos en libertad del «Guardia Nacional», en un estado de sitio que se nos condujo allí, el comandante Aldao, que como es lógico hoy ocupa un gran puesto en la marina de guerra, nos hizo dar una repasada con las máquinas número cero: salimos con las bochas peladas. Esto constituye una venganza de nuestros militares, cuando todavía tienen a un hombre en su poder. «¡A ver, un soldado que le corte el pelo a este!» No hay súplica ni protesta que valga. Cuanto más se resiste, se debate la víctima, más goza, se complace el brutote, como en una violación. En esa forma hace pesar su voluntad, su poder.

El cabo Rodriguez, según el soldado Lucero, no quería dejarse cortar el pelo. Le dolía la cabeza, exponía sus razones. «¡No! Agárramelo y pélemelo bien; yo le voy a enseñar....» Varios soldados lo agarraron, y empezó el hacheo. El cabo luchaba; el comandante Ceballos se aproxima, se entera, y aplica al cabo golpes de puño en las sienes. El soldado Lucero grita: «¡asesinos!», y acuden al soldado Lucero y lo apalean también. Termina el hacheo. El cabo Rodriguez dá algunos pasos y cae muerto en el patio del cuartel. Por los golpes, piensa el pùblico. Por un síncope, dice la autoridad militar. Nosotros decimos que por la cortada de pelo; o por los golpes o por el síncope el cabo Rodriguez ha sido asesinado por cortarle el pelo. El síncope hubiera venido otra vez, sin la cortada de pelo o quizá sin los golpes. De manera que es un asesinato.

Se encuentra preso... el soldado Lucero. «¡Pero usted quiere hundir al comandante Ceballos!» le dice el juez militar. La razón parece de fuerza contra el soldado Lucero. ¿Más o menos no se dice en otras partes también, en el congreso según tenemos entendido: «¡pero ustedes quieren hundir a don Hipólito!», y no parece igualmente una razón de fuerza? En efecto: todos somos aquí para que ni el comandante Ceballos ni don Hipólito sean hundidos. Esta es la verdadera doctrina.

Hebreos

Proscripta, esparcida por el mundo, no habrá raza que más haya padecido. Una gran paciencia, una especie de resignación oriental, le ha hecho aceptar sin desesperarse todo; todo esto como un fatalismo... ¡Si habrán llovido sobre ella las injusticias, las maldades! Los hebreos son los extranjeros de la humanidad, para todos los otros hombres. Decir «hebreo», es como decir «anarquista», para ciertos labios; extranjero de la humanidad... Y no obstante, como los mismos anarquistas, los hebreos no se han desgranado: conservan su idioma, su fusión por encima de las patrias, su cohesión siempre. Así existen los hebreos, esparcidos, difundidos por el mundo, como puñado de grano que el viento ha aventado. Existen como los anarquistas. La persecución los ha reunido en vez de disolverlos. Y este

es un núcleo fuerte, resistente siempre. Como los anarquistas, también y tambièn... Estos «declasés» de las razas, como los anarquistas de las sociedades actuales, fuera de las clases, conservan y tienen un mundo propio, que no se clasifica tampoco con nada de lo presente. Están fuera de lo presente; son «declasés»; son hombres para quienes las clases no han podido cuer como para los anarquistas—debíamos decir, a su respecto, patrias—, porque nunca ellas se han formado. Están en la mejor situación para marchar en línea recta a un mundo nuevo, por cuanto en el viejo no han asentado pie, están fuera de él. Conocen lo que es existir por el mundo, por encima de las barreras y las fronteras, con el sólo lazo de la aspiración o el sueño común, sin tener una patria que los limite o los reduzca a un determinado pedazo de suelo, como a la mayoría de los hombres. Su ideal podía dejar de ser arcaico, para ser el de la humanidad, como el de los anarquistas. Su deseo podía ser la desaparición de la explotación que en todas partes han visto; la extinción de la injusticia que en todas partes los ha golpeado: ellos que tanto los han golpeado y han sufrido tanto!...

Pero no; he aquí que tanta experiencia quiere ser perdida; que estos «declasés» de las razas, de las patrias, que rectamente podían ir a un mundo nuevo, sin explotación, sin gobierno, de comunidad y armonía verdadera de todos los hombres, sólo han señalado hasta este momento una aspiración: ser reclasificados entre todo eso; tener una patria, gobierno, explotación, tiranía nacional: judía en fin, en fin hebrea...

El pensamiento

Pensar es también cosa de buen deseo, de buena intención. No se le exige a nadie que sea sumo en su pensamiento, — puede ser muy modesto, y en su vuelito corto, ser, sin embargo, estimable: el acto de volar es el mismo, y un vuelo más grande no es sino este vuelo agrandado —; pero sí que tenga buena intención. No hay otra cosa que valga tampoco: la buena intención precede y es el nervio de la verdadera potencia del pensamiento; sin esto: ¿cómo sería una cosa noble la idea? Pensar es una solemnidad tan grande, que no hay un fruto verdadero del pensamiento que no sea a la vez agradable y solemne. Y cuando otros nos dan un fruto de su pensamiento, así de esta solemnidad, de este agrado, algo que se nos anticipó, que vemos podría ser el fruto mismo de nuestro pensamiento, si ya no estuviera producido: ¿de verdad, no nos contentamos, no enciende esto nueva luz en nuestro espíritu, no sentimos la ganancia de nuevas alturas, nuevos espacios para nuestro pensamiento? Sobre esto funda el goce de pensar, pues pensar es un goce, pensar es una cosa afirmativa, poseer el pensamiento un gran fin... Por corto que sea el vuelo de un hombre siguiendo estas huellas, es ya estimable, y señala a un hombre que sabrá pensar. Pensar no es irse con mucho bulto por las ramas; es asir al paso algunos frutos, o sólo los pedazos de algunos frutos del pensamiento, habituándose a producirlos uno mismo. No es cosa difícil, ni de retórica, ni de ramas, sino cosa de potencia. Es cosa de solemnidad también. ¿Qué papel puede desempeñar aquí la pedagogía, sino el de cortar las alas al pensamiento, sustituyéndolo por unos cuanos cánones o dogmas pedagógicos? Pedagogía es pretensión, aunque intente ser ciencia; el pensamiento puede ser más sencillo que todo esto; y no es ciertamente dogma pedagógico: es pensamiento. Es por eso que sin ser maestro de escuela, un hombre puede pensar, y pensar bien desde la primera vez; mientras el maestro sólo puede dar su difícil, su entorpeciente ciencia pedagógica; gritar ¡guarda!, cuando un hombre es conducido a un abismo por su pensamiento, según ha visto todos los abismos y peligros del pensamiento la ciencia pedagógica.

Como nos facturará la ciencia pedagógica, nosotros creemos que siempre mal. Como nos facturará nuestro propio pensamiento, nosotros creemos que siempre bien, si es cosa de buen deseo, de buena intención; si hay potencia; si pensar es una solemnidad; si puede conocerse el goce del verdadero pensamiento; si se excluye la necedad de querer hacer del pensamiento una dificultad, cuando por el contrario es una facilidad, una llaneza...

La gira de Pacheco

Los primeros actos en Córdoba

Completos éxitos. — El itinerario

Un triunfo de la idea y de la acción anarquista, resultó el acto, los actos, del delegado de «La Obra» en Córdoba. La función teatral del sábado 11, atrajo al salón de la sociedad Francesa una buena cantidad de proletarios, restados a los políticos rojos, azules y negros del radicalismo, que esa noche se despicaban en el teatro Odeón. Ellos llamaron con banda y bombas; nosotros, clavamos letras rebeldes, dardos de luz sobre las paredes. Y a la misma hora, mientras ellos se trenzaban sobre colores — negros, azules o rojos — nosotros los iluminábamos para enfocarlos, como el magnesio, con Anarquía.

Se representó un drama hermoso, rehenchido de rebelión, actual, titulado «Sacrificio». Bella y muy sentida pieza de un autor ruso que trata de aquellas vidas nihilistas, ofrendadas en el ara del futuro. Sangres caídas que han fecundado, teñido en púrpura esa aurora que hoy se anuncia sobre la triste y vieja tierra rusa.

Luego habló el poeta Arrieta, presentando al delegado de «La Obra». Hizo una arenga viril, franca, castigadora de lacras arriba y de cobardías abajo. Un par de carillas sacadas de su dolor de artista bohemio.

Después hizo uso de la palabra Pacheco; ocupó la atención de los trabajadores durante una hora tratando el tema: *Alma nueva; nuevos valores en los partidarios de una nueva sociedad.* Siguióle un juguete cómico que rieron de muy buen gusto los asistentes y cerró el acto Olivares, que se extendió sobre el tema: «La Obra».— Todo esto, en cada una de sus partes, fué vibrado, afirmado a remezones de fe cálida y potente. Se coronó la jornada con el Hijo del pueblo cantado de pie por una sala repleta.

*

El domingo, en la plaza «San Martín», se realizó otro acto de propaganda anarquista. Acudieron al llamado de la agrupación «El Verbo» unos quinientos trabajadores. Ocuparon la tribuna, también el camarada Olivares, Arrieta y nuestro delegado. Esta asamblea al aire libre, va a tener una resonancia importante para todo el proletariado cordobés, porque el tema principal fué el de la necesidad de reorganizar la federación. Y será un hecho dentro de poco. Pacheco está invitado a volver de Cruz del Eje, el jueves, para reafirmar y prestigiar esta iniciativa.

*

El itinerario

He aquí ya listo y resuelto el itinerario de nuestra gira. De él faltan solo Mendoza y Tucumán. De Tucumán no se han tenido noticias y a Mendoza, se niega Pacheco a ir, pues, parece ser que allí las divisiones han arado tan hondo el campo anarquista, que llegan los compañeros hasta el extremo de disputarse, como una prenda, como un objeto, al delegado de «La Obra». Hay bandos, personalismos, historias viejas que resucitan, se activan precisamente cuando de hacer propaganda se trata. Como no tenemos porque servir las pasiones de unos ni de otros, damos por cosa inútil, por el momento, nuestra ida. Será otra vez.

He aquí, deciamos, el itinerario listo y resuelto, y hasta ya, en parte, a estas horas, también cumplido: — 11 y 12 de Agosto en Córdoba; 14 y 15 en Cruz del Eje; 16, 17 y 18 Córdoba; 19, Bell Ville; 20 y 21 Marcos Juarez; 22, 23 y 24 Santa Fe; 25 y 26 Laguna Paiva; 27 y 28 San Cristóbal; 29, 30 y 31, Santiago del Estero; 2, 3 y 4 de Setiembre, Salta.—A esto, es seguro se agregará alguna otra localidad todavía.—El regreso se hará así: Salta, Tucumán (si de aquí a entonces contestan, Santiago, Santa Fe, Rosario y Campana.—

Los dibujos de Ramos

Próximo cuaderno de «La Obra»

Tenemos el propósito de dejar un buen recuerdo de «La Obra», ya que no nos costará más que quererlo: editar, en un cuaderno o album, como quiera llamarse, los dibujos de Ramos, con sus respectivas leyendas, como están apareciendo en el periódico. Nos mueve a esta idea, no solo el deseo de poner en las manos de nuestros compañeros un medio nuevo de propaganda, como el de estas figuras y el pensamiento social que las comenta o las explica, sino también el deseo de que todos puedan ver cómo son en realidad los dibujos de Ramos, pues en el periódico, y debido al papel, salen muy mal, perdiéndose detalles que son preciosos.

Juntos y reunidos, además, formarán una colección que todo compañero querrá guardar, para hojearla de continuo; y es probable todavía que ella pueda inspirar una tendencia al dibujo social o de ideas, en algún artista novel, con lo que habremos alcanzado aún doble resultado al hacer esta edición. Y siempre para nuestra propaganda, para el objeto final que nos proponemos para todas nuestras cosas....

El cuaderno o album, constaría de 20 o 24 páginas, en buen papel, y con una tapa, y el precio procuraríamos que no pasara de 30 centavos, y si es posible 20.

Para nuestro próximo número habremos arreglado esto, que depende de lo que nos cobre la imprenta, e inmediatamente iremos anotando los pedidos, a fin de regular por ellos el tiraje.

La cuenta con el producto

Conferencia leída a los obreros de Berazategui el 12 de Agosto

Ma place venir a leer un trabajito mío entre obreros, como sois vosotros. El trabajo es el corazón verde de la sociedad, como lo es la médula de la planta o de la caña que crece dando su copa al sol. La sociedad obtiene su savia y se fortifica del trabajo. No podría haber miel en la colmena, y, por lo tanto, riqueza y felicidad, si las abejas cesaran de ir al prado, libar las flores; en una palabra, de trabajar. Si el trabajo fuera otra cosa que una esclavitud de unos a los otros hoy, podríais estar orgullosos de alimentar, nutrir a la sociedad. Todo ha salido de las manos del trabajo, todo lo que es patrimonio de la sociedad actualmente: la espiga y la flor; el hierro de los rieles y la marcha como flecha de la locomotora, con los carbones que arden en su hogar; el coche de lujo y el humilde carrito; el hilo y la seda; las sillas y los muebles; las copas y el vino; la caja y la cesta; la cortina y el mandil; las puertas y las ventanas; los cristales que permiten entrar el día en las casas y contienen al viento y al polvo; los aleros y los techados; las baratijas y las cosas de valor; el papel, y las letras o los grabados impresos en él; los bloques como las columnas; el ladrillo como la viga; la tabla como el barco; el piso como la cornisa; la guadaña y la pala; el jardín y la chacra; la carretera o el camino: todo, en fin, hasta el suelo donde crecen los huertos en seguridad, o cruzan trenes o se levantan ciudades, que también es obra del trabajo en los terrenos ganados al mar, a la maraña o a la selva... Las manos del trabajo, tomando las cosas informes que reposaban en el seno de la naturaleza,—la piedra y la arcilla, el lodo y el polvo, la arena que existía extendida por las playas, y la madera crecida en el bosque en libertad,—han amasado, creado, producido todo esto. Todo esto no es un sueño de las mil y una noches, sino una realidad de la obra del hombre. Los bazares de frutas, de granos, de ropas o de tejidos, de tintes, de pieles, de maderas, de bronces, de cristales, por todas partes muestran el triunfo de la obra del trabajo. Del hacha de piedra primitiva, que fué la primera herramienta, a la imponente maquinaria de hoy: ¡cómo ha crecido, se ha hecho adulta, apropiada a su fin, la instrumentación del trabajo! Las usinas del trabajo son hoy tan inmensas, y producen de una manera tan intensiva, todo eso que debiendo ser patrimonio de todos, es detentado en final por patrimonio de unos cuantos, que el trabajo ha debido poner mano en las propias usinas de la creación, y forzarlas a producir la materia prima necesaria de manera acelerada, intensiva también...

De estas usinas del trabajo, la sociedad saca su savia y su jugo. La sociedad,—es decir, la totalidad de los hombres hoy,—vive de los productos del trabajo suyo o ajeno para cada hombre en particular, pero del trabajo, en fin... El hombre ha de comer su pan con su sudor. ¿Y qué remedio también si el pan es obra suya, si eso antes no existía, si sin las maravillas o las creaciones del trabajo aún se encontraría comiendo yerba a cuatro patas? ¡Vale su sudor, su pan, todo el patrimonio que ha creado! De éste no puede despojarse ya; le es necesario para continuar la existencia, cada vez superior, de la humanidad. La cuestión es únicamente una cuestión social: que de este patrimonio están excluídos los que más han trabajado y trabajan aún por él. ¡Sí!, el hombre ha de comer con su sudor su pan, puesto que ha aceptado creárselo todo, a la medida de sus gustos o su necesidad, por el trabajo. Si quería vivir sin ambición, y también sin preocupación, dándose sólo la pena de la bestia que trota en procura del agua o la comida, la naturaleza no le mezquinaba tampoco algunas cuevas para refugio, siempre que la disputara a otros que llegaron primero o a los mismos animales, algunos frutos espontáneos, y agua del cielo o de los ríos toda la que quisiera... Pero, encontrando al mismo tiempo, sueltos o contenidos en la naturaleza, toda clase de materiales para constituirse un patrimonio mejor, del cual había de ser él artífice, el hombre prefirió esto último, y aceptó así la obligación del trabajo. En adelante no dependería sino del trabajo; las cosas que creara con su sudor serían realmente suyas... Y hoy, el patrimonio creado por el trabajo es el más precioso, y es asimismo del que ninguna sociedad se puede despojar ya. En la naturaleza no había de quien heredar sino era una piel, una cáscara de los difuntos seres o animales, un guijarro rodado por las aguas o una piedra partida por el rayo, en fin, cosas así que apenas harían felices a los niños hoy; no había más que crear, no había más que trabajar... El crecimiento constante del patrimonio del trabajo, que es el que ha permitido también que la humanidad crezca y se desarrolle infinitamente, todos los días nos ofrece mil motivos de agradecer al que aceptó o inventó el trabajo. Este castigo bíblico, en este sitio de destierro que es la tierra, para los que tienen su patria allá en el cielo,—pajarillos caídos del nido que sólo sueñan con volver a él,—ostenta en su haber toda la gloria del hombre. Por él, el hombre ha heredado al hombre, no sólo de las obras perdurables del trabajo que una vez ha creado y han quedado para muchos siglos o para siempre, sino de la aptitud misma de trabajar, de crear continuamente nuevas cosas, y de los medios de hacerlo con facilidad, con resultado y también con mérito. La adquisición es, pues, completa.

Quizá nunca habréis tenido la curiosidad de pensar qué serían muchas cosas hoy, de las que estamos acostumbrados a ver, si faltaran tan sólo algunas partes o algunos ramos del trabajo social. Daos cuenta, sin embargo. Sin el trabajo de la lana, de la seda de las obreras, y acaso de otros ramos también del trabajo social,—todo está tan íntimamente ligado que una sola cosa no puede ser aislada de las otras,—esa burguesita tan mona, que pasa recogiéndose la pollera, despreciándoos, andaría desnuda como una lagartija; ni camisa ni calzones tendría; su piel, que como la madera del cedro despide buen olor, que es aterciopelada porque siempre ha estado cubierta, sería gruesa y quizá tostada como la de la mano que va descubierta; no nacería, con motivo de todos los trapos que la velan como una figura de ensueño, y que hacen correr, casi en marejada, el lirismo de los poetas burgueses de hoy, el pensamiento sensual, irreverente si queréis, de darla vuelta como una copa, o ponerle los bajos en la cabeza, con su lluvia de menudos caireles, blondas o puntillas... Y así, se verían burgueses sin galera, y sin una modestísima gorra de vasco con que cubrirse el cráneo o la cabeza; magistrados o jueces sin una sencilla alpargata de lona blanca, y aún, faltando otros ramos del trabajo social, sin casa donde reunirse a estudiar sus procesos, o donde encerrar bajo muchas llaves a los presos; vigilantes sin pito y sin machete que cualquiera podría apalear a su gusto en la calle: en fin, las actuales cosas del estado social podrían existir todo lo que quisieran, pero faltando uno solo o algunos de los ramos del trabajo social, la vida no sería tan alegre y tan bella, tan cómoda y tan dichosa, sobrada de todo, ni aún para los mismos burgueses.

El trabajo, pues, lo es todo; todo el patrimonio social ha sido creado, y es conservado, aumentado, por el trabajo. El trabajo ha soltado todo esto de su puño. En este puño está metido todo el haber social. Vosotros, trabajadores, tenéis a la sociedad en un puño. Algún día os haréis valer en vuestro verdadero mérito. En la sociedad futura no existirán sino trabajadores. Por lo pronto, hoy, por vosotros cubre la mujer sus vergüenzas, o, en fin, su pudor; y por vosotros cubre el hombre sus muslos, con el bien planchadito o bien estirado pantalón. Si hubiera que prescindir de vuestro trabajo, a uno y otro la naturaleza podía heredarles todavía el taparrabos, de la piel de algún animal difunto, o la hoja de parra simbólica, o sino una mano atrás y otra adelante, y ésta sería nuestra indumentaria de hoy.

Bien: ya os he dicho esto; ahora sigamos con otra cosa. Vosotros trabajáis, sudáis mucho, pero no es para vosotros el patrimonio que creáis con vuestro trabajo. Esto bien lo sabéis todos vosotros. Vosotros sois como la planta que no da nunca el fruto para sí. Por todo lo que sudáis y trabajáis, para producir un haber social inmenso, no recibís sino una miserable soldada de quien ha tomado a su cargo la empresa de explotaros. Vosotros sois también una explotación, como una granja, una chacra, una mina; se os trata ni más ni menos que en explotación, para extraeros la pepita de oro que puede dar vuestro trabajo. Si alguna cosa alcanzáis, de lo que vosotros mismos habéis producido, os es dado por un señor almacenero o panadero, que os lleva toda la soldada que se os ha dado por todo vuestro trabajo. Los gastos de vuestra explotación,—es decir, el jornal, que se os da,—entran en la cuenta como los de la chacra o la mina. Vuestra cuenta está saldada y cerrada siempre: es al día. Vuestras manos han de estar también vacías siempre, para que las empleéis en acarrear para el amo. No hay día de mañana para vosotros. Hay el jornal de hoy por el trabajo de hoy; y las mercancías pasan para siempre al poder del amo... Tengáis hambre o no mañana: ¿eso qué importa? No trabajáis para vosotros; se os emplea para que carguéis o enfardéis para un amo. Cargastéis mil bolsas de trigo hoy: eso hace el jornal de un día. Arreglaos con el jornal de un día; mientras el amo se arregla con las mil bolsas de trigo, y con otras diez mil que le cargaron o descargaron en su casa otros diez obreros... ¿Cómo podéis trabajar así? ¡Trabajáis así porque estáis hambrientos y miserables! Y estáis hambrientos y miserables porque el trabajo no es vuestro; es del amo. Con lo que vosotros trabajáis, si vuestro trabajo fuera vuestro, si no estuviera adquirido con anticipación por el amo que os dá por él una miseria, no deberíais estar hambrientos y miserables; ¡no debía haber en ese estado ni en esa situación, nadie!... Pero os alquiláis a un amo; no tenéis más remedio que alquilaros a un amo. Eso representa vuestra pitanza o vuestra comida de un día, tantos días como un amo tenga mercancías que producir o bolsas de trigo que hacer llevar a su casa. ¿De modo qué cuando no hay amo que tenga mercancía que producir o bolsas de grano que hacer descargar en su casa, vosotros no comeréis, aún cuando estén los depósitos o los almacenes llenos? Así tiene que ser; vuestra cuenta con el producto terminó cuando recibistéis el jornal de un día. Vuestra cuenta quedó saldada con ese jornal; en adelante no tenéis ningún derecho más sobre el producto. Si el trabajo fué vuestro, la mercancía es para el amo. En su granero o su depósito, es hoy del amo. ¿Cómo podéis aceptar un contrato semejante, semejante contrasentido? Ya se ha dicho: porque estáis siempre hambrientos y miserables; porque la idea de oponeros y de hacer una revolución para vosotros, no se ha presentado a vuestros cerebros todavía. Por eso aceptáis la expoliación. Pero no, no; esto tiene que tener un término: lo tendrá vuestro aguante; y lo tendrá el limbo en que os agitáis la mayoría de los trabajadores hoy, sin una idea revolucionaria que os ilumine el camino que debéis seguir. Hoy todavía os dejáis expoliar así; pero mañana, cuando verdaderas ideas hayan reemplazado al limbo o las tinieblas de hoy, no permitiréis que vuestra cuenta con el producto termine con el jornal de un día, si el producto no termina para un hombre en un día también. Exigiréis cuenta siempre abierta con el producto, mientras dure o exista el producto. En una palabra: expropiaréis al amo de la mercancía, como éste la expropia hoy a vuestro trabajo. Y esto será la revolución, pues esto no será tampoco sin haber dado vuelta patas arriba todo el mundo actual. No terminando nunca la cuenta de ningún trabajador con el producto, no habrá nada más del sistema actual de los salarios. Y si todo producto es ciertamente social, necesita de todos los otros para producirse; ¿qué mucho que los anarquistas digamos «cuenta abierta de todos a todos los productos»? Esto será realmente el trabajo libre, dueño de sí; el patrimonio del trabajo libertado socialmente, pasado de los amos, sus actuales detentadores, a la humanidad, su verdadero propietario. Y con esto, los hombres podrán vivir realmente en comunismo, dividiéndose, mientras lo acrecen, no dejan de aumentarlo siempre, el patrimonio social del trabajo. No habrá necesidad de que ninguno sea por otro esclavizado ni expoliado; no habrá tampoco quien se deje esclavizar ni expoliar. ¿No hemos dicho que esto ocurría hoy por el hambre y la miseria de los proletarios?

T. ANTILLÍ

(Concluirá)

Obra y pensamiento

Quien no obra como piensa, no piensa completamente.

Guyau

Notas

En Mercedes. Campana y Berazategui

Nuestras ideas no sólo son poco conocidas, sino que hay una parte numerosa de pueblo, — una gran mayoría —, que es totalmente incapaz de asimilarlas o comprenderlas, estando sus cerebros hechos para la capacidad del prejuicio, por pereza, por indiferencia del pensamiento; y viviendo como simples bestias, como gallinas que se comen las plumas en el gallinero: acostándose a la noche y levantándose a la mañana, esperando el descanso o el día de asueto, para reir, lanzarse pullas, canchar, beber, jugar, bailar y pelear: siempre entre sí, y sin poder de dirigir una mirada a los barrotes o paredes de su gallinero, sin poder de hacerse una pregunta, y sin pasión por darse una respuesta tampoco... Para todas estas gentes el mundo ha sido siempre así; y lo importante es beber, canchar, jugar o pelear, divertirse en fin: comerse las plumas como las gallinas en el gallinero... Los que piensan un poco son una ínfima minoría; y estos han de cargar sobre sus hombros todo el trabajo de despertar, sacudir a sus hermanos. Hay que hacer no sólo la sementera, sino también el terreno. Algo se consigue; y se persiste en el trabajo siempre...

Giordano Bruno ha dado dos conferencias, de hacer terreno y también sementera, en Mercedes y en Campana. La primera el domingo 5, y la segunda el domingo 12.

Antilli también, que no es orador, accedió a escribir una conferencia, y leerla en Berazategui, el domingo 12. Se publica en otro lugar. Pero la medio leyó no más, y no hizo terreno ni sementera, según los oyentes, preferían arrancarse las plumas entre sí, como gallinas en el gallinero: habían ido a divertirse y no a escuchar. Los escasos, pero constantes compañeros de Berazategui, tienen un gran trabajo que hacer, y en él los hemos de ayudar. ¡Nuestras ideas conseguirán hacerse oir allí, como ya se hicieron oir otra vez!

Ateneo Libertario del Norte

Hemos sido invitados a asistir a uno de los actos, que todos los días viernes, a las 9 p. m., en el salón Bartolomé Mitre 3174, realiza el Ateneo Libertario del Norte.

En el acto del viernes 17, tenían a su cargo los oradores los siguientes temas: A. Bianchi: Los atentados individuales y el anarquismo. — J. Deilla: Racionalismo y anarquismo. — Susana Martres: Declamaciónn de poesías. — A. Pochi: Socialismo católico.

La circunstancia de entrar en prensa nuestro periódico con mucha anticipación, no nos permitirá hacer crónica, aún cuando respondamos a la invitación.

Biblioteca Luz y Ciencia

La concurrencia fué más bien escasa a la velada organizada por esta biblioteca, en la Tipográfica, la noche del 12. De la conferencia de Montemayór, hacemos un resumen, y la crítica en otro lugar. Antilli consideró que la importancia de esta conferencia no debía ser disminuída, con otras palabras u otras conferencias esa noche, y así se retiró sin leer «El regreso», a que le habían invitado los organizadores de la velada. González Lemos dijo esto al público, por encargo de Antilli.

Nuevo periódico

Un periódico en idioma italiano estaba haciendo falta a nuestra propaganda. Y un periódico, un verdadero periódico anarquista, sembrador o difundidor de nuestras ideas, es lo que se han propuesto sacar a luz los compañeros de «La Rivolta», dirección Pujol 750, Buenos Aires.

La aparición será semanal; el primer número debe haber ya aparecido a la hora que se lean estas líneas, pues estaba anunciado para ayer 19. La subscripción será de 50 centavos por trimestre, y el número suelto a 5 centavos.

Agrupación Di Zukunft

Con este nombre se ha constituído una agrupación anarquista comunista, con el fin de propagar el anarquismo entre los trabajadores israelitas. Todos los que quieran relacionarse con la agrupación, dirijanse por escrito a la Agrupación Di Zukunft, Humberto I, 1175, Buenos Aires.

C. E. S. «Rafael Barrett», Corrientes

Solicita de los compañeros o agrupaciones que editen periódicos, folletos o revistas, remitan ejemplares para la mesa de lectura del centro, calle San Luis 935, Corrientes.

Canje

Los últimos periódicos recibidos como canje, son los siguientes: «Prometeo», Asunción (Paraguay); «El Obrero Calderero», capital; «Despertar», Montevideo (Uruguay); «Libre Examen», Bolívar; «Opinamos», Mar del Plata; «Luz al Obrero», Corrientes; «La Batalla», Montevideo (Uruguay); «Estudios», capital; «La Rebelión», Rosario; «Dignidad Obrera», Bolívar; «Cultura Obrera», Nueva York; «Justicia», San Juan (Puerto Rico); «El Barbero Disidente», capital; «Mar y Tierra», Valparaíso (Chile); «El Imparcial», Campana; «El Proletario», Iquique (Chile); «La Palestra», capital; «Tierra y Libertad», Rosario; «El Obrero en Calzado», Montevideo (Uruguay); «El Hombre», Montevideo (Uruguay); «El Amigo del Pueblo», San Fernando; «El Correo de Firmat», Firmat; «Il Lavoratore», Talleres; «Cultura», Curuzú Cuatiá; «La Batalla», Valparaíso (Chile); «Guerra Sociale», San Pablo (Brasil); «Voces Proletarias», Campana; «La Unión», capital (Barracas); «La Palabra», Bell Ville; «El Libre Pensamiento», Montevideo, (Uruguay); «Despertar», Chacabuco; «Humanidad Nueva», San Juan; «El Surco», Iquique (Chile).

Entre estos periódicos hay de todo, y nosotros acostumbramos a darlos indistintamente a algún centro o agrupación, para su mesa de lectura, en vez de dejarlos amarillear en el gancho, y venderlos por fin como papeles viejos. Todos nos agradecerán esta propaganda indirecta, y haciendo lo mismo por «La Obra» nosotros lo agradeceríamos también.

Remitidos

Acusamos recibo a los remitidos siguientes: A. Martín Bernal, de la revista «Las Letras», con las palabras manuscritas con que nos acompaña, los artículos suyos publicados en ella, «en un compañerismo de blasfemias vengadoras»; al anónimo remitente de la revista «Horizontes», de La Plata, con la primera parte de un paciente y razonado estudio del doctor Delfido, que hemos leído con placer y con utilidad también; Alberto Coutonné, de sus libros «Las Fauces del Abismo» y «El Alma de las Sombras», con las siguientes dedicatorias: «Para R. González Pacheco y T. Antilli, en la obra de «La Obra», — el autor arrojando hacia el Sud las amarguras del Norte». — y «Para los dos robles de «La Obra». Antilli y Pacheco, en un manojo de clarinadas, desde esta tierra de dolor, de vencimiento y de muerte», o sea Jujuy; y al remitente, también anónimo, de un artículo recortado de «La Razón», donde se habla de la prensa anarquista, y de Pacheco y Antilli, y de paso de otras publicaciones y de «La Obra». A todos agradecemos el envío.

Administrativas

A los agentes y paqueteros

Los que aún adeudan del trimestre anterior, les rogamos se pongan al corriente con esta administración. — Toda remisión de dinero hágase por giro postal o en estampillas.

EL NÚMERO PRIMERO

Llegándonos contínuamente pedidos del número primero de «La Obra», — de La Plata solamente, una localidad, 50 ejemplares, y así de otras muchas partes —, comunicamos que está agotado totalmente. Hemos hecho ya una recolección, pidiéndolo particularmente a algunos compañeros, y agentes o paqueteros y esto se fué en seguida también. De manera que ahora hacemos este pedido por el periódico, aunque dudamos de su resultado, de que los compañeros que posean ese número y no tengan inconveniente en desprenderse, nos lo remitan, para darlo a los que quieren conservar la colección. Sirva esto también de explicación a todos los que nos han pedido y no lo reciban, el número primero.

El número segundo

Terminada la notita anterior, y al ir a satisfacer unos pedidos del segundo número, comprobamos que se agotó también. De manera que decimos lo mismo exactamente que en la nota precedente. En fin, no apurarse: ¡mientras no se agoten las matrices de dónde han salido esos números... y los siguientes!

Agencia en Villa Crespo

Los compañeros de Villa Crespo pueden dirigirse, para adquirir o suscribirse a «La Obra», a la calle Guardia Vieja 4600, al compañero Amadeo Pacífico (peluquería).

L. Y. Ensenada—Por suscripción, recibimos 0.60.

J. R. San Fernando—Por paquetes y suscripciones, recibimos $ 7.70.

A. S. Corrientes—Por paquetes, recibimos $ 6.50.

F. V. Santos Lugares — Por suscripción, recibimos 0.60.

E. L. L. Tandil—Por paquetes, recibimos $ 3.

E. B. Ciudad — Recibimos $ 1.60 estampillas; por su suscripción y donación 1 peso, y 0.60 suscripción de J. B. R.

A. M. Bell Ville—Recibimos 0.50 para libreto que enviamos.

M. E. Santa Fe—Por paquetes, recibimos $ 8.

E. P. Ciudad—Por paquete, recibido 0.30.

A. L. O. 25 de Mayo — Por suscripciones, recibimos $ 1.80.

R. C. Ciudad—Por paquetes, recibimos $ 6.

F. R. Ciudad—Por paquetes, recibimos $ 2.

H. D. S. Ciudad—Por suscripción, recibimos $ 1.20, dejado a Giraldes.

C. N. P. Ciudad—Por paquete $ 2.

J. D. Ciudad—Suscripción, $ 1.

G. M. 9 de Julio—Por paquete, recibimos $ 1.40.

R. M. Campana — Por suscripciones, recibimos $ 5.20.

F. G. Ciudad—Recibimos $ 3, dejados en lo de Fueyo: por paquete 0.60, y 2.40 suscripciones enviadas a «La Rebelión».

F. U. Coronel Vidal— Por suscripciones $ 7.80.

P. A. Las Flores — Por paquetes, recibimos $ 2.

A. P. Ciudad — Por paquetes, recibimos $ 2.50.

D. M. Ciudad — Por ejemplares, 0.60.

Sociedad O. Varios, Berazategui — Donación y paquete, $ 2.

A. M. Ciudad—Paquete, $ 1.

S. L. Venado Tuerto—Por suscripciones, $ 1.80.

J. D. Hughes—Por suscripción, $ 1.

E. C. Santa Lucía—Por suscripciones, recibimos $ 3.60, entregados por Cuervo.

E. L. Liniers—Por paquete, 0.50.

J. M. Salta — Por paquete, recibimos $ 1.40.

J. G. G. Bahía Blanca (Villa Mitre)—Por suscripciones, recibimos $ 4.

A. A. Bahía Blanca—Recibimos duplicado del giro, por $ 3.

L. U. Mercedes—El giro se ha perdido, reclame con el talón en el correo.

R. D. Avellaneda Recibimos duplicado giro extraviado $ 2, y otro giro también $ 6.80, por paquetes y suscriptores.

T. S. Azul — Recibimos giro $ 5.40, por suscripciones.

J. T. P. Sarandí—Recibimos giro 4.20, por suscripciones.

R. F. G. Ciudad — Por suscripciones, recibimos $ 1.20.

R. G. P. y M. D. Ciudad—Por donación, $ 2.